

su hilado narrativo no es muy coherente); y la tercera, la que me proporcionó el artesano Gumersindo “Shinda” España, otomí de Santa Cruz de Juventino Rosas, por él grabada en una velación a una imagen local. Nos atenemos a esta última como referente básico de los hechos en cuestión.

Percibo, pues, que existe un segundo y más hondo nivel de interpretación en que convergen y se sincretizan estos relatos. Así que mi lectura del corrido es como sigue: la tentadora oferta de poder y riqueza fácil representada por las minas que posee don Alonso de Villaseca (el amo del peón minero y esposo engañado) en Guanajuato, Ixmiquilpan, Zacatecas, etcétera, y no el mensaje de la Santa Cruz, es lo que en el tiempo colonial propende a romper la precaria unidad socio-familiar del grupo otomí-chichimeco, si sus mujeres practican la exogamia y sus hombres actúan con violencia contra ellas y los amantes. Visto que el antiguo error histórico acaecido cuando la pilmama pactó y “pecó” con Moctezuma aún no está totalmente expiado, pues en todos pesa la culpa aunque ya radican como pueblo originario de nuevo en su tierra (El Bajío: el Gran Valle Chichimeco), de buen clima, generoso sol y abundante agua, y cumplen religiosamente con llevar música al Cerro Sagrado donde habitan, entre otras, las ánimas de aquella pareja de moral equívoca, vale como eficaz estrategia continuar disimulando (“nadie vio nada”) y fingir que incluso, cada vez que surge la perfidia, lo que se ve en realidad bajo el sol (¡Oh divino Quinto Sol!: “él es Dios”) que alumbraba día tras día, son y deben ser flores inocentes y señales de paz, paz para la Esperanza y la Justicia.

La moraleja así elaborada eleva a un nivel sorprendente de superioridad espiritual a nuestro pueblo mesoamericano otomí-chichimeco, visto y tra-